



# De la guerra y sus fantasmas: una crónica

*From the war and its ghosts: a chronicle*

Blanca Isabel Martínez Peña\*  
blanca.martinez@esumer.edu.co

\*Administradora de empresas,  
Institución Universitaria Esumer  
Medellín - Colombia

Fecha de recepción: 16 de diciembre de 2011  
Fecha de aceptación: 24 de julio de 2012

Entre las impetuosas montañas y las vastas planicies que componen el paisaje antioqueño, el silencio y la quietud evocan la ausencia de vivientes en sus entrañas misteriosas. Allí se puede elucubrar que la soledad es la habitante permanente de esos parajes. Aun así subo los cerros por caminos escarpados que, en otras condiciones, desearía fuesen vías amplias y expeditas para allegar a las cabeceras municipales los frutos de la tierra.

Después de 45 minutos sobre una dócil mula que me fue prestada en el extremo de una pequeña carretera veredal, luego de atravesar hondonadas, quebradas, subidas y declives me adentro con mis compañeros en un cultivo de caña que mece sus hojas y dificulta el paso. En el horizonte se perfila una casa, que parece el cuadro de un paisajista que recorriera los campos para obtener sus imágenes. En ella una mujer de rasgos duros, pero tranquilos, nos invita a pasar.

– Venga le ayudo a apearse, doctora. Sigam que estoy muy agradecida y contenta de su anunciada visita. Nunca esperé que me visitaran... tan lejos y humilde, personas como Ustedes. Y entre otros... ¿de dónde es que vienen?  
–pregunta.

– Nosotros venimos de la OIM; mi nombre es Fernando y ella es Blanca, de Esumer, y representa también la Gobernación. Queríamos conocerla porque sabemos que Usted pertenece al programa de Reintegración.

– Acá es donde yo vivo con mi esposo y mis hijos, los que salieron por ustedes a la carretera (un niño de unos siete años y un joven de 15, quienes después de viajar a pie con nosotros pican caña para los animales que tan gentilmente nos han transportado), hace ya varios años; después que decidí rehacer mi vida, en especial por mis hijos. Estaban solos sin mí, con familiares que hasta entonces los habían criado. Fue cuando con una ayuda de Capital Semilla y unos ahorros que tenía mi esposo compramos esta tierra hecha monte –comenta.

Hicimos un rancho de casa, pero gracias a Dios lo hemos mejorado un poco con el trabajo de mi esposo, que sabe cultivar caña. Le ha enseñado a los hijos e incluso a mí, pues yo no sabía hacer nada distinto a lo que se aprende en el monte (donde estuvo ocho años). Y hoy vivimos de eso; tenemos varias hectáreas cultivadas, pero aún nos falta mucho por sembrar, y sobre todo queremos tener nuestro propio entable de caña, porque sembramos para entregar el producto a un trapiche vecino y eso es por mitades.

Así conocimos a María<sup>1</sup>, esa mujer – madre – esposa que fuera también guerrera “en el monte”. Hoy es una luchadora por su familia, por la búsqueda del mejoramiento de su calidad de vida por las vías de la paz. María se ha hecho con su familia compañera incansable de aquella montaña, para recibir de la tierra el sustento. Esta vez, en lugar de fusil porta machete para podar y abrir camino, en lugar de botas de uniforme lleva botas campesinas para recorrer el campo con su atuendo informal de parroquiana.

Recorrimos el lugar, compartimos un almuerzo, planeamos algunas acciones y, luego de una despedida amable, volvimos al camino.

Después de conocer a María y su familia seguimos a otro bello municipio, duramente azotado por la disputa territorial entre unos y otros, guerreros armados ilegales de la guerrilla de ultraizquierda y de los paramilitares de ultraderecha en los años 90 del siglo pasado. A un costado del parque atestado de gente, caballos y carros, un hombre al acecho mira desconfiado a los forasteros que llegan. Uno del equipo, lector e interlocutor de signos no verbales, me dice:

– Mirá ese señor de sombrero, creo es a quien buscamos.

Miré fijamente, y cuando vi en él ese rasgo inquietante de búsqueda afanosa lo supe: – Sí, es él –comenté.

Nos acercamos mutuamente. Efectivamente éramos las personas que estábamos convocadas para el encuentro.

Camino a la vereda se fue distendiendo la relación y entramos en confianza. Aunque no todos; un poco desconcertados veíamos cómo aquel hombre nos abría su corazón, a nosotros, a unos desconocidos. Había encontrado alguien que, sin censura manifiesta, pudiera escucharle sin que representara peligro para su vida social o personal:

---

<sup>1</sup> Los nombres de las personas, los lugares y otros referentes han sido cambiados para mantener la privacidad de las personas implicadas.

– Es que yo soy un colectivo<sup>2</sup>. Primero pertencí al Ejército Nacional como soldado profesional. Estuve cinco años, y cuando me enviaron a una zona muy dura, la selva del Darién, decidí darme de baja. Y eso fue rápido. Ya mi hermano era un mando [paramilitar] en la zona [departamentos] del Cesar y Magdalena; me dijo que me fuera a trabajar con él allá y todo estuvo bien, todo era más suave; no como en el ejército, en donde me tocó hasta nueve días dando bala en enfrentamiento. En el 2006, con el bloque Norte..., nos desmovilizamos. Con un préstamo del banco y Capital Semilla iniciamos cultivos en la finca del “cucho”, y de eso nos quedó una vaca; véala ahí, esa negra, está a punto de criar y ya ha tenido esos dos terneros.

No había transcurrido mucho tiempo desde que nos encontramos. Me era difícil entender la facilidad con que contaba su historia, pero todo su cuerpo develaba que estaba ansioso por ser escuchado, por contar que a su hermano lo habían matado hacía pocos meses por robarle, por ejemplo:

– ¡Imagínese: no lo matan a uno por allá para que vengan a matarlo en el pueblo por robarle! ¡Eso es muy duro! Estoy solo; él era mi compañero de trabajo... y uno a veces no sabe qué hacer. Ustedes no se imaginan cuántas necesidades y dificultades he tenido que pasar para mantenerme por fuera de eso; pero yo tengo familia y ya el papá de mi esposa nos dio donde hacer la casa, y ya la hicimos.

La historia de Abelardo me inquietaba más cuando subíamos por un camino de esos tan comunes en las montañas y que en invierno se llenan de barro. Pasábamos una quebrada con un poco de dificultad –alguno de nosotros, como buen ciudadano, llevaba puestos tenis. Abelardo y yo nos adelantamos un poco al grupo mientras nos dirigíamos a la casa de su padre, y entre tanto él continuaba:

– Es que esto es difícil. Con el cultivo a veces se gana y otras se pierde. Todavía estoy pagando el crédito que hicimos para el primer cultivo de tomate; ya estoy en capacitación y arreglando el terreno, allí detrás de la casa; voy a sembrar dos mil matas de uchuva. Y como le contaba, mi error sí fue salirme del ejército. Me fui buscando defenderme en la vida, porque mi papá en la cárcel poco podía hacer, y cuando salió... como que poco lo ayuda a uno. Es caprichoso y le gusta trabajar poco, y el traguito... Por eso esto está tan solo. La “cucha” casi ni viene; vive en el pueblo.

---

<sup>2</sup> El término *Colectivo* hace referencia en este contexto a un miembro de grupos paramilitares desmovilizados.

Mientras le escuchaba, sin formular preguntas, empecé a percibir cómo la guerra aún vivía en él y con él. Su rostro endurecido expone las evidentes secuelas: una cicatriz parece agazaparse tras su barba escasa, como si su boca se prolongara en una sonrisa de horror, en lo que pareciera fue el corte de un cuchillo prolongando las comisuras de la boca. Su mirada, su forma de expresarse, esas ansias de hacer de nosotros co-poseedores de su historia; su necesidad de expeler tanto dolor, tanta angustia y, tal vez, remordimientos. Incluso sus manos, ásperas y encallecidas por el machete, por los golpes, por el trabajo rudo del campo, que antes solo cargaban fusiles para apretar el gatillo contra otros. Hoy no tiene amigos y no confía en sus vecinos.

Otro Abelardo se oculta tras el silencio, como su sonrisa irónica tras los pelos de su barba hirsuta, tras el enigma y la invisibilidad de los que ya no existen, de aquellos que ya no cuentan sino como “bajas”, que ya no suman como habitantes; pero que tampoco restan, pues son el objeto de un olvido que no llega, de un sueño macabro que no se exorciza, del que no se termina de despertar.

Cada experiencia de vida está llena de historias; algunas nos agradan, otras recrudescen el horror del pasado y se suman al del presente, pero no podemos soportarlo; por eso olvidamos, por salud mental. Pero estas historias hoy nos llenan de esperanza, de certeza de que “sí se puede”, “sí vale la pena”, “le apostamos”. Y no ha sido en vano recorrer distancias para encontrarse con los que hoy son emprendedores, generadores de ingresos y de civilidad, constructores de sociedad.

En este ejercicio de correr y recorrer la geografía del país, por los caminos rurales y las calles urbanas, con su diversidad social, cultural, económica y política que permite y admite lo lícito y lo ilícito, encuentro hoy que en esa mujer y aquel hombre se resumen las vidas de tantos otros, excombatientes también, que han apostado o se han visto forzados a buscar la reintegración social y económica a la espera de condiciones de igualdad; que se la juegan ahora por la recuperación de la condición de ciudadanos del común, por estar insertos y mimetizados en dinámicas de lo local, por rehusar volver al campo de combate. Así han asentado el ejercicio de sus actividades de generación de condiciones de vida legales, tan diversas como la geografía, con el denominador común del retorno a la familia, a una comunidad, a un territorio que les cobije. Lo que antes fuera espacio de huida a la legalidad se ha tornado refugio contra la clandestinidad.

Con María y con Abelardo en las montañas de Antioquia, con herramientas y sin armas, arando los campos de su precaria paz social, a la búsqueda de reconciliarse con el pasado que se diluye para unos y a otros mortifica, que a aquellos les hace fuertes porque se mantienen firmes en su proyección de un mundo mejor y a estos les corroe el alma por lo gratuito, por la barbarie estúpida, por la acción sin horizonte y la precariedad de la pobreza como enemigo al acecho, surge la pregunta existencial: ¿En qué creer? Nuestra respuesta dice: en las Marías y en los Abelardos que en cada rincón nos recuerdan otras historias, esas que se entretajan en lo intrincado de los días en los valles, las cimas, los ríos, los apartados poblados de esa Colombia profunda que nos llena de amores y desamores, de desesperanzas y... esperanzas.

Antioquia, 2011